



www.loqueleo.es

© Del texto: 2026, África Vázquez Beltrán

A través de la agencia Ute Körner Literary Agent – www.uklitag.com

© De esta edición:

2026, Sanoma Educación, S. L. U.

Loqueleo es una marca registrada directa o indirectamente por Grupo Santillana Educación Global, S. L. U., licenciada a Sanoma Educación, S. L. U.

Ronda de Europa, 5. 28760 Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-84-9122-588-1

Depósito legal: M-2570-2026

Printed in Spain - Impreso en España

Primera edición: abril de 2026



Las materias primas utilizadas en la fabricación de este libro son reciclables y cumplen ampliamente con la normativa europea de sostenibilidad, economía circular y gestión energética.

Queda prohibida la utilización de los contenidos de esta obra, de cualquier forma, o por cualquier proceso, con fines de minería de texto y datos, aprendizaje automático, desarrollo y/o entrenamiento y/o enriquecimiento de inteligencias artificiales de cualquier clase.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÁFRICA VÁZQUEZ



loqueleg

Para mis dos mundos mágicos.

«Yo os voy a querer siempre».

¡Os doy la bienvenida, viajeros! ¿Habéis venido desde muy lejos para escuchar mi canción? Poneos cómodos y aguzad el oído, pues la noche será larga y acaban de avivar el fuego.

Seguro que todos me conocéis ya: soy la gran Barda, famosa en todo Daeron por haber compuesto la Gesta del Sapo. Pero esta noche, oh, querido público, voy a sorprenderos. Porque un día, cuando aún era joven, recorrí hasta el último rincón de este reino en busca de inspiración para componer la canción de amor más hermosa de todos los tiempos...

*Hace mucho tiempo, cuando la magia todavía reinaba
en Daeron, existió un lugar llamado el Valle de la Bruja.*

- 10 Situado entre las Colinas Gemelas y atravesado por el río Serpenteante, se hallaba a dos jornadas de la antigua ciudad de Gurlum, aunque sus habitantes rara vez lo visitaban. Porque en las siete aldeas que había en el valle, todas ellas formadas por agrupaciones de casitas de piedra con el tejado de pizarra y una chimenea torcida en lo alto, vivían siete aquelarres de brujas junto a sus maridos e hijos, nietos y bisnietos, gatos negros y cuervos tuertos, búhos sabios y ratas escurridizas. No había brujas jóvenes en el valle porque, una vez que las muchachas alcanzaban la mayoría de edad, obtenían una licencia de brujería oficial y marchaban volando en sus escobas hacia todos los confines del reino, en busca de un bosque tenebroso o un apestoso pantano en el que instalar su lúgubre cabaña con patas de gallina, como mandaba la tradición. Así se convertían en la malvada bruja de su respectiva aldea, ciudad o, si tenían suerte, región; y, cuando retornaban al

valle al cabo de los años, lo hacían con muchas historias que contar a las futuras generaciones.

La protagonista de esta historia, Marian, pertenecía a un antiguo y afamado aquelarre de brujas, pero ella ni era antigua (acababa de cumplir dieciocho años) ni era afamada (su propia madre hacía lo posible por ignorar su existencia) y, mal que le pesara, ni siquiera era una bruja oficial (aún). Pero eso cambiaría cuando superara las Pruebas del Solsticio y obtuviese su preciada licencia. Llevaba semanas preparándose junto a sus primas, recolectando plantas venenosas en el bosque con cuidado de no tocar ninguna sin llevar puestos los guantes de piel de trasgo, sobrevolando la aldea en su escoba (a pesar de que le daba pánico separar los botines del suelo) y perfeccionando su técnica de mal de ojo, que dejaba bastante que desear (la última vez que había intentado maldecir a un viajero incauto, este había encontrado una bolsa de monedas de oro nada más tomar el camino de Gurlum; por el bochorno, Marian se había encerrado en casa durante días).

«Voy a conseguirlo», repetía cada mañana frente al espejo rajado que había en su alcoba. «Aunque no *parezca* una bruja, lo soy por dentro. Y se lo voy a demostrar a todas».

Todas eran su madre, su abuela y sus numerosas tías, que siempre parecían encontrar en Marian algo que corregir. Si

la joven escogía su vestido negro más estrecho, almidonado e incómodo para volar en escoba, le señalaban los botines de su prima Obdulia, que tenían más tacón. Si Marian se ponía unos botines de tacón alto, con los que caminaba como un pato y se hundía en cada madriguera que pisaba, alababan el cabello enmarañado de su prima Griselda y la urgían a remeterse sus trenzas doradas bajo el sombrero picudo. Y, cuando ya no se les ocurría nada más, se burlaban de sus ojos de cervatillo y sus mejillas sonrosadas, y le recordaban que su prima Crispina tenía los ojos inyectados en sangre y verrugas en la nariz, como toda bruja que se preciara.

Y es que se esperaban grandes cosas de la única hija de Morgana del Valle, célebre por haber creado el Kit Maligno para Humanos Indignos, una exclusiva selección de embrujos y brebajes con los que derrotar a cualquier rival que solo estaba al alcance de reyes, príncipes y caballeros de alto rango. Si Morgana había inventado el Kit Maligno, su hija Marian bien debía idear algo igual de asombroso o, como mínimo, estar a la altura de su famosa madre.

Pero nunca parecía estarlo.

—¡Qué valiente es Obdulia! —comentaba Morgana una noche cualquiera, mientras cenaban—. Hoy ha volado con su

escoba por encima de las Colinas Gemelas. ¡Era difícil distinguirla de un pajarraco!

—¡De un pajarraco! —coreaba el animal familiar de su madre, un gallo llamado Anacleto.

Marian, sonrojada, le daba vueltas al estofado de gusanos: aquel día, ella apenas había conseguido volar por encima del bosquecillo de pinos que había detrás de su casa. La aterro-
rizaban las alturas y, por más que se esforzaba, no conseguía
vencer ese miedo.

13

—Hoy Griselda ha hecho crecer un gran arbusto de espino en la plaza de la aldea —decía Morgana en otra ocasión—. Aún llevo algunas espinas clavadas en el brazo. —Y procedía a mostrárselo a Marian y al padre de esta, Asdrúbal, mientras la joven pisoteaba con disimulo los nomeolvides azules que llevaban toda la tarde creciendo bajo sus botines sin suficiente tacón.

—¡No vais a creer lo que ha hecho Crispina hoy! —Al día siguiente, el alborozo de su madre conquistaba el comedor entero—. Ha llegado un anciano peregrino a la aldea y ¡le ha echado un mal de ojo tan potente que al hombre se le ha roto el bastón! Tendrá que ir hasta Gurlum saltando a la pata coja. —Acto seguido, prorrumpía en carcajadas durante un buen rato, y luego suspiraba—: Menos mal que no ha encontrado una bolsa de monedas de oro. ¡Eso sería una vergüenza para nuestro aquellarre!

—¡Una vergüenza! —repetía Anacleto con gran satisfacción.

Marian trataba de no perder el buen humor, pues se decía a sí misma que, cuando obtuviese su preciada licencia, las cosas iban a cambiar.

Y, desde luego, cambiaron. Pero no adelantemos acontecimientos.

*El día en que se realizarían las Pruebas del Solsticio,
las jóvenes aspirantes de los siete aquelarres del valle
se reunieron en el Puente del Trol.*

15

El trol que vivía debajo había perseguido a unas cuantas generaciones de chiquillos por el valle, pero estaba tan viejo y cansado que se limitaba a gritar «¡Buuu!» y «¡Arggg!» cada vez que oía jaleo, y después seguía echándose la siesta. Marian trató de ignorar sus gruñidos mientras se reunía con sus primas, embutida en un vestido aún más estrecho y almidonado de lo habitual y calzando unos tacones tan altos que temía caerse de bruces al suelo en cualquier momento. Se había asegurado de que ni un solo mechón dorado de cabello escapara de su sombrero picudo e incluso lo había decorado con una telaraña que crecía en el ático, aunque su dueña, una araña a la que Marian apodaba cariñosamente Peter Patitas, había huido correteando. La muchacha no dejaba de vigilar de soslayo a su madre.

—Ya conocéis las reglas —dijo una de sus tías, que se había adelantado un paso y contemplaba a todas las aspirantes con aire severo—: cuando oigáis graznar al cuervo, os

subiréis a las escobas y daréis tres vueltas completas al valle tan rápido como podáis.

—¡Buuu! —aulló el trol desde debajo del puente, pero la tía de Marian lo ignoró.

16 —Recordad que una bruja que no sabe volar es una bruja que no sirve para nada —sentenció. Marian notó cómo le sudaba la mano con la que sujetaba su escoba voladora y respiró hondo—. ¡Preparaos!

Todas las aspirantes se colocaron sobre las escobas, aunque ninguna alzó el vuelo. El animal familiar de la tía de Marian, un cuervo que tenía un genio de mil demonios, abrió el pico para graznar... y algo lo detuvo. Un murmullo se extendió entre los miembros del aquelarre que, poco a poco, fue convirtiéndose en un clamor.

Marian se volvió hacia el origen del tumulto y descubrió que alguien más acababa de detenerse junto al Puente del Trol. A simple vista, podía camuflarse con el resto de las brujas: llevaba un vestido negro de cuello alto y manga larga, cuyas faldas arrastraba por el suelo, y del mango de su escoba colgaban un caldero portátil y un murciélago que no dejaba de bostezar. Pero, tan pronto como la miró a la cara, Marian comprendió el motivo de aquel revuelo. La recién llegada poseía un rostro anguloso y unas orejas puntiagudas que apenas disimulaba el intrincado recogido de su cabello, y tanto

el rostro como las orejas y el cabello eran verdes como la piel de un sapo.

—Una bruja errante. —Esa vez fue Morgana quien dio un paso al frente—. ¿Qué haces a este lado del Abismo? ¡Las criaturas mágicas no podéis visitar Daeron sin un permiso especial!

—Tengo un permiso especial.

La bruja errante chasqueó los dedos y un rollo de pergamino apareció en su mano. Cuando lo desplegó, Marian estiró el cuello para leer lo que ponía: «Hago especialmente lo que me apetece».

—¡Fuera de aquí! —exclamó la abuela de Marian, y su madre y sus tías la corearon.

—¡Arggg! —gruñó el trol, más por aburrimiento que por enfado.

La bruja verde venida de más allá del Abismo esbozó una sonrisa beatífica y se dirigió a las aspirantes con tono conciliador:

—Si alguna no consigue la licencia, que venga a visitar mi campamento. Estaré hasta mañana en el Pico del Águila.

A continuación, chasqueó los dedos y, esa vez, fue ella la que se esfumó como si jamás hubiera existido.

*Marian aún tenía la boca abierta cuando
oyó graznar a Melquíades, el cuervo de su tía.*

18 La cerró al despegar y, de inmediato, se olvidó de la bruja errante y de cualquier cosa que no fuese la primera prueba.

Empezó a dolerle la barriga, como siempre que alzaba el vuelo. Cada vez que se subía en la maldita escoba, se pasaba el resto del día encerrada en el retrete. Todas las brujas del valle insistían en que volar era maravilloso y sencillísimo (hacían hincapié en lo sencillo que era cada vez que Marian se veía obligada a realizar un aterrizaje forzoso contra la copa de un árbol), pero ella no le encontraba la gracia a poner en riesgo su vida cuando existían medios de transporte mucho más seguros, como un carro de bueyes o sus propios pies. No obstante, hizo lo posible por disimular el pánico mientras las puntas de sus botines rozaban las copas de los pinos que rodeaban el Puente del Trol. Sus primas ya le llevaban ventaja, y por eso intentó coger velocidad. El viento frío de las montañas le azotaba el rostro y la falda rígida se le pegaba a las piernas. Veía pasar a toda prisa borrones pardos, verdes y

azules: tierra, vegetación y retazos de cielo. Se concentró en tomar la primera curva con cuidado.

—¡Primera vuelta! —oyó graznar a Melquíades y suspiró entre dientes.

Marian iba la última, y algunas de sus primas le llevaban media vuelta de ventaja. Pensó en acelerar, pero no se atrevió: perder el control de la escoba podía significar que acabara zambulléndose en el río Serpenteante o, peor aún, estrellándose contra el suelo duro y rompiéndose un montón de huesos. La mera idea la hacía sentirse enferma.

«No pasa nada si llegas la última», se dijo, «lo importante es que llegues».

Ese pensamiento casi le dio ánimos.

Cuando estaba a punto de acelerar un poquito, solo un pelín, su prima Obdulia, que le llevaba una vuelta entera de ventaja, la alcanzó por detrás y pasó rozándola con la escoba.

Del susto, Marian perdió el equilibrio y cayó dando vueltas. Por suerte para ella, lo hizo en el río, salpicando agua por todas partes y molestando muchísimo al monstruo acuático que dormitaba en las profundidades, que la golpeó con las aletas tan fuerte que Marian cayó de culo en la orilla, aún aferrada a su escoba. Estaba empapada y aturdida, y comprobó, desolada, que todas las aspirantes habían superado la prueba.

«Hay dos pruebas más». Intentó no perder la esperanza. «Y las haré tan bien que el aquelarre pasará por alto este incidente».

20

Regresó chapoteando junto a sus primas, que ya se encontraban sentadas delante de sus respectivos calderos. Le chorreaba el pelo y se le habían llenado de agua los botines, que hacían chof, chof con cada paso que daba. Hasta Melquíades pareció fruncir el pico al verla, pero ella se las arregló para situarse frente a su propio caldero.

—... esta prueba es tan fácil que una bruja de verdad podría superarla con los ojos cerrados —estaba diciendo otra de sus tías, cuyo animal familiar era un búho malencarado llamado Carson—. Debéis elaborar un brebaje flatulento, uno de los venenos más sencillos que existen. ¡Tenéis media hora, así que no perdáis el tiempo!

Carson ululó con fuerza y todas las aspirantes se pusieron manos a la obra. El primer paso para elaborar el brebaje era encender el fuego, y Marian observó cómo sus primas chasqueaban los dedos para conjurar unas llamas negras y retorcidas como zarcillos secos. Ella también chasqueó los dedos..., pero el fuego que conjuró bajo su propio caldero resultó no ser negro, sino dorado. Y, por más que chasqueó los dedos una y otra vez, no consiguió que cambiara de color.

«El caso es que calienta», se dijo resignada, y se puso los guantes de piel de trasgo para manipular los ingredientes.

Media hora después, Carson volvió a ulular y todas las aspirantes dejaron lo que estaban haciendo. La tía de Marian comenzó a pasearse entre los calderos, probando una cucharada de cada poción.

—Bien, bien... No está mal... ¡Ah, esta es perfecta! —Marian hacía lo posible por no fruncir la nariz cada vez que su tía soltaba una flatulencia de aprobación, aunque le costaba un gran esfuerzo—. ¿Y tú, Marian? Vamos a ver qué has hecho...

21

Su tía se llevó la taza a los labios, probó su contenido y, acto seguido, lo escupió en el suelo.

—¡Puaj! ¿Qué se supone que es esto? —Agitó la taza, salpicando gotitas marrones por todas partes—. ¡El brebaje flatulento debería saber a rayos fritos, pero esto sabe a chocolate caliente con una cucharadita de nata encima! —Dejó de gritar y se quedó callada un momento—. Y me ha curado los gases. ¡Es un desastre, Marian! —concluyó, devolviéndole la taza con malos modos.

Marian agachó la cabeza mientras oía susurrar a sus primas: algunas parecían apenadas, mientras que otras prorrumpieron en risitas burlonas.

La última prueba era la más importante.

22 Marian se aferró a ese pensamiento mientras se dirigía hacia la plaza de la aldea, arrastrando los botines y dejando tras de sí un reguero de agua. Tenía el vestido manchado y se le había escapado del sombrero una trenza húmeda, que se apresuró a esconder junto a la otra. Para cuando llegó al círculo de casas que rodeaban la plaza, en la que solo había una fuente, un banco de piedra y un viejo roble, toda la aldea se encontraba allí, pendiente de las aspirantes, que habían formado una fila muy ordenada.

Había atado al roble un hombre de mediana edad que las miraba con aire confundido. No era uno de sus vecinos: a juzgar por la capa, las botas de viaje y el hatillo que reposaba a sus pies, se trataba de un buhonero.

—¿Qué significa esto? —preguntó el buen hombre. Era robusto, poseía una lustrosa barba entrecana y llevaba el cabello, rubio con vetas grises, recogido en una coleta. Aunque vestía de forma sencilla, Marian se fijó en su colgante, de latón y con forma de letra be.

En esa ocasión fue la abuela de Marian la que se dirigió a sus nietas:

—¡Aquí tenéis a un viajero incauto, aspirantes! Cada una de vosotras debe echarle un mal de ojo para que se le quiten las ganas de volver a pisar nuestro valle. —Y soltó una risa malvada que asustó a su animal familiar, una rata llamada Aurelia.

—Pero ¿qué os he hecho yo, señora? —protestó el buhonero.

23

—¡Vamos, Griselda! —La abuela dio unas fuertes palmadas—. Empiezas tú.

Una por una, las primas de Marian fueron desfilando ante el buhonero y maldiciéndolo de mil maneras distintas. Cuando le llegó el turno a ella, el pobre hombre estaba sucio y despeinado, tenía la barba chamuscada y la ropa teñida de un feo color malva. Además, la mercancía que pretendía vender en Gurlum estaba esparcida por el barro y un carro de bueyes acababa de pisotearla sin piedad.

Marian lo sentía por él, pero se tragó la culpa, lo señaló con el dedo índice y exclamó:

—¡Rayos y centellas, sapos y culebras! ¡Babosas asadas, gusanos fritos! ¡Tu suerte va a cambiar y no podrás impedirlo!

Dejó caer el brazo, satisfecha; cuantas más asquerosidades incluía un mal de ojo, más potente era, o eso decía siem-

pre su abuela. Aguardó, esperanzada, a que al desdichado buhonero le sucediese algo realmente molesto. Él debía de estar esperando lo mismo, porque abrió mucho los ojos mientras vigilaba al público, que contenía el aliento... hasta que, de pronto, su mirada se detuvo en alguien.

—¿Bernadette? —susurró, perplejo.

24 Toda la gente que había en la plaza se giró hacia una mujer en concreto, que Marian no había visto nunca antes. Al parecer, había llegado a la aldea conduciendo el mismo carro de bueyes que había aplastado las pertenencias del buhonero (lo cual tenía mérito, dado que los animales habían tenido que caminar en círculos alrededor del viejo roble; aquel había sido el maleficio de Obdulia, la más aventajada de las primas de Marian).

La tal Bernadette era una mujer de mediana edad, regordeta y bastante guapa, que dio un respingo cuando el buhonero la llamó.

—¿Ollivander? —Se llevó las manos a la boca, asombrada—. ¡No puedo creerlo! ¿Eres tú de verdad?

—¿Y quién sois vos, si se puede saber? —preguntó malhumorada la abuela de Marian.

—¡Es el amor de mi vida! —Ollivander, el buhonero, tenía los ojos húmedos—. Nos conocimos hace años, en la Gran Feria de Valenor, y nos enamoramos perdidamente el uno del

otro; entonces el malvado padraastro de Bernadette se la llevó a rastras en plena noche y jamás volví a encontrarla. Hasta hoy. Pero te he sido fiel, Bernadette: ¡mira! —El hombre se retorció para liberarse de la cuerda que lo aprisionaba, que cedió con una facilidad insultante, y estrujó con su manaza el colgante con forma de letra be—. ¡Amada mía, no puedo creer que nuestros caminos se hayan cruzado en este rincón remoto de Daeron! Aunque..., espera un momento. —Ollivander frunció el ceño—. No serás tú una de las brujas del valle, ¿verdad?

—Mi querido Ollivander... —suspiró Bernadette con arrobo—. Por supuesto que no soy una bruja. Viajaba con mi carro de bueyes cuando sentí el impulso de dirigirme hacia una aldea aleatoria y hacer girar el carro varias veces alrededor de un árbol fortuito, y apenas acababa de hacerlo cuando te he visto atado a ese mismo árbol. ¿No es realmente increíble?

—¡Y tanto que lo es! Bernadette, mi bella Bernadette, ¿quieres casarte conmigo?

—¡Claro que quiero!

—¿Lo habéis oído? ¡Claro que quiere! ¡Bendita sea mi suerte! —rio Ollivander y, libre ya de ataduras, corrió hacia la mujer, la levantó por los aires y le dio varias vueltas—. ¡Soy el hombre más afortunado del mundo!

Marian, que no sabía dónde meterse, se enfrentó a la mirada reprobatoria del aquelarre y dijo sin dirigirse a nadie en particular:

—Esto... Nada nos asegura que vayan a tener un matrimonio feliz, ¿no?